

## CAPITULO I X

### *NUESTROS PARTIDOS POLITICOS*

Origen y nacimiento. - Primeros retozos democráticos. El mito de la paternidad de Bolívar y Santander. - Liberales progresistas y Ministeriales o de levita negra. - Primera administración Mosquera. - Revolución socialista de Luis Blanc y manifiesto de Carlos Marx. - Liberales radicales "rojos", y conservadores tradicionalistas "godos". Vigencia del programa liberal radical. - Primer Frente Nacional en 1854. - Segunda administración Mosquera. Constitución de Rionegro. - Veinticinco años de gobiernos radicales. - Segundo Frente Nacional con Núñez. - Don Miguel Antonio Caro impone su pensamiento. - 45 años de gobiernos conservadores. - El liberalismo burgués y adinerado. - Olaya Herrera, libertador de las esclavas colombianas. - Aspectos olvidados del gobierno de Alfonso López. - Pueblo y Oligarquías. - Once años de gobiernos conservadores. - Se identifican ideológicamente los dos partidos. - Se archiva la reforma social. - El actual Frente Nacional. - Olvidar la mala vida pasada y partir por mitad los empleos. - Un solo gran partido conservador.

Este tema, aparentemente extraño al estudio que me he propuesto, reviste trascendental importancia tratándose de un país como el nuestro, en donde impera actualmente

un régimen bipartidista presidido por los dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador.

Verdad es que los dirigentes de estos dos partidos no han considerado necesario darle una educación política a sus masas, de tal suerte que ni el campesino ni el obrero, el hombre de la clase media o el industrial o comerciante de los altos círculos, tiene conocimientos claros acerca de los puntos fundamentales que perfilan y diferencian la esencia de sus respectivos programas y doctrinas filosóficas; son liberales o conservadores por afecto, por emoción o por herencia.

Algunos hombres de letras, juristas, intelectuales o escritores, han tratado el tema global o parcialmente, pero cada uno de ellos esboza teorías diferentes y confusas como extraídas de las brumas de un pasado en donde los hombres vivieron, amaron y lucharon parcelándose o agrupándose en torno a diferentes tendencias, unas veces de carácter administrativo, circunstancial o pasional otras, hasta concluir aglutinándose en dos grandes colectividades claramente alinderadas con nombres propios.

Considero que el nuevo caudal de opinión ciudadana representado por la mujer, ha menester conocimientos básicos sobre esta cuestión de los partidos, a fin de que esté en condiciones de definir su ideología conforme a un razonamiento lógico que la lleve a compartir aquellos principios que satisfagan a su inteligencia. Convencida de esta necesidad y después de un estudio cuidadoso y paciente de la historia, he llegado a conclusiones concretas sobre la ma-

teria que exteriorizo como un aporte a la cultura política de las colombianas.

Esta tesis sencilla y propia tiene la indiscutible ventaja de su absoluta imparcialidad como habrá de verse. Las mujeres, que fuimos sujetos pasivos de las feroces reyertas partidistas durante siglo y medio, indudablemente estamos en superior condición para apreciar desapasionadamente el desarrollo de nuestras instituciones, que son obra de los partidos tradicionales, cuando nos dedicamos juiciosamente al estudio de sus diversas etapas y modalidades.

Sin apartarme en ningún momento de la historia, que arroja los documentos de estructuración de mi tesis, pero tomándola únicamente en los puntos que tienen conexión con la política, fuerza es dar un vistazo global por toda ella, partiendo del momento en que aparecieron las primeras tendencias divergentes entre nuestros hombres, que es la etapa de LAS ACTAS DE LA INDEPENDENCIA, hacia el año de 1810.

Es bien sabido que por esa época ya había sido sustituido Fernando VII en el trono de España por José Bonaparte, hermano del Emperador Napoleón Bonaparte. Como consecuencia de esta sustitución de poderes reales en España, las provincias del Virreinato de la Nueva Granada, que dependían de la Corona española, se sublevaron y proclamaron su independencia: unas, encabezadas por Cartagena, se proclamaron repúblicas independientes, en tanto que Santa Fe conservaba su dependencia de España afirmando su fidelidad a Fernando VII. Se marcaron así,

vagamente y por vez primera, dos modalidades de pensamiento político de los hombres de la Nueva Granada: una de subordinación a los principios monárquicos y la otra en sentido opuesto, que quedaron consignadas en las respectivas Actas de Independencia.

Terminado el período de las Actas de Independencia, era forzosa la organización de tales provincias para constituir su propio gobierno y es entonces cuando emergen, de mentalidades ya más elaboradas, los principios de federalismo y centralismo que encuadran a los hombres con mayor firmeza dentro de marcos propiamente administrativos, orientados por sus respectivos líderes. Encabezaba el centralismo don Antonio Nariño quien, inspirado en regímenes europeos de gobierno, consideraba conveniente que las provincias independientes formaran un solo bloque unido y centralizado en la capital, Santa Fe de Bogotá, de donde debía partir la organización económica, administrativa y política para todas. Camilo Torres encabezaba el pensamiento federalista, que se caracterizaba por el anhelo de independencia de cada una de las provincias, tanto en lo económico como en lo político y en lo administrativo. Su mentalidad americanista estaba influida por la Constitución de Filadelfia, que hacía de las provincias una confederación de repúblicas independientes, ligadas entre sí por una directiva gubernamental para su representación y defensa exterior.

Cinco años duraron los hombres granadinos trabajando y guerreando por estos dos principios contrapuestos de organización política, etapa que se denominó la Patria

Boba. Por entonces Fernando VII restablecido en el trono, envió una expedición punitiva comandada por Pablo Morillo para someter a las provincias rebeldes, que las sorprendió sin que esta lucha sin tregua hubiera permitido consolidar su libertad y fortificar su defensa que era lo fundamental.

Sombras de horror y de muerte cubrieron el territorio granadino. Don Antonio Nariño fue cargado de cadenas y enviado preso a España y Camilo Torres, Custodio García Rovira, Juan Nepomuceno Niño y demás líderes federalistas, fueron decapitados. Esta carnicería se prolongó por espacio de cinco años, que recibieron el nombre de Régimen del Terror.

Ciertamente estos dos principios, el centralista y el federalista, constituyeron entonces dos poderosos núcleos de acción catalizadora de las masas que, al aglutinarse, ofrecieron aristas o flancos de combate. Pero no puede dárseles la denominación de partidos políticos en la real acepción de la palabra porque, fuera de sus preferencias de forma en la organización estatal, carecieron de contenido ideológico que los vertiera en programas de envergadura política. Fueron, a mi entender, los primeros retozos democráticos de las incipientes repúblicas deslumbradas por el repentino lampo de libertad que fulgió en la América indohispánica.

Luégo el genio portentoso de Bolívar inicia la gesta emancipadora de Venezuela y, coronado el triunfo, asciende a Santander a General de Brigada por sus proezas militares realizadas en territorio venezolano. Viene luégo a

Santa Fe y ambos sellan la independencia de Nueva Granada para seguir luégo al Ecuador.

Para dar forma y estructura política al maravilloso sueño de la Gran Colombia que surgía triunfante del fragor de las batallas, Bolívar reúne el Congreso de Cúcuta que expide una Constitución democrática y republicana, y lo elige Presidente y Vicepresidente a Santander. Seguidamente encarga de la Presidencia a Santander y viaja al sur, para romper cadenas y levantar de la ignominia a los pueblos sojuzgados.

Perú y Bolivia, dos repúblicas más brotaron de su espada. Los bolivianos deslumbrados por la genial aureola del padre y libertador de cinco repúblicas lo colmaron de todos los dones del afecto y de la gratitud y, en un arranque de merecida adoración al dios de los combates, reunieron una Constituyente que lo eligió Presidente Vitalicio con facultades para designar su sucesor. El, que había rechazado en tantas ocasiones anteriores la potestad de monarca de los pueblos que eran suyos porque habían nacido de su genio y de su nervio batallador, que no tenía más ambición que la prosperidad, la consolidación y la gloria de los Estados libres merced a su impulso generoso, hubo de pensar, con sobra de razón, que solamente en sus manos fuertes de libertador y padre podría conservarse la unidad de estos países poblados de guerreros, de héroes y combatientes, émulos entre sí y no muy expertos en las lides de la alta política y del gobierno. Por eso decidió aceptar y vino a Santa Fe con el propósito de gobernar conforme a los dictados de la Constitución Boliviana.

Los granadinos, regidos por la Constitución del Rosario de Cúcuta, de sabor netamente republicano, se sintieron molestos y es apenas natural que así fuese después de los cruentos sacrificios consumados por su libertad. Hombres al fin, y como tales, amasados con esa compleja levadura de pasiones y virtudes, amores y odios, de férvido anhelo de libertad como rencor por la pasada esclavitud, les sobró energía para batallar y les faltó visión para comprender al libertador, autor y supremo dador de cuanto poseían.

Para comprender a los hombres precisa colocarse en la situación en que viven y dentro de su clima mental de afectos y aversiones ideológicas. Es indudable que Santander era ante todo un jurista, y un jurista es el individuo que conoce a cabalidad el valor y el alcance de la norma, como también la exacta medida del precio de la vida humana. No es, pues, extraño que la fraternal y sincera amistad e impecable lealtad que siempre tuvo y demostró por el Libertador empezara a entibiarse y luégo a agriarse paulatinamente en el trayecto de la controversia, que fue cobrando aspereza atizada por los intrigantes y traficantes de excelencias, alturas y dignidades. De igual manera al oído del Libertador no faltó la mísera comitiva de los aduladores de oficio, que envenenan para medrar; son los mismos que todavía hoy se empeñan en levantar altares al uno para denigrar al otro, pero es lo cierto que, para desgracia de la América libre, el rompimiento entre los dos genios fue el resultado final de fatales consecuencias. Al propio tiempo, la efervescencia de los granadinos creció hasta

la locura y estalló en el crimen de la noche septembrina, venturosamente frustrado.

Se ha pretendido arrancar de esta divergencia entre Bolívar y Santander el origen de los partidos políticos tradicionales, intentando apoderarse cada uno del genio que cree encontrar a su medida. Como si la grandeza fuera propiedad susceptible de traspaso, o patrimonio de grupos y como si la gloria fijara o entregara sus destellos a las comarcas que ilumina.

Me asombra la petulancia de estos superhombres de hoy, que con tan insolente ademán injurian a las mujeres llamándolas pobres de espíritu e incapaces de penetrar en las comarcas del pensamiento y de la idea: me asombra, digo, verlos merodeando por los espacios siderales para robar genios que cubran y parapeten sus comunidades antropófagas. Porque casi todos los que han pretendido apoderarse de estos supremos valores patrios, que encarnan el alma y el vigor de nuestra raza, han tejido una mentida historia de enredos, diminutos chismes y agresiones alrededor de los dos grandes hombres, para luego venirnos a contar que de ese lodazal, es decir, de las pasiones que ensombrecen la estela de los héroes, ha surgido su propia colectividad. A las fuentes de la historia sólo puede penetrarse con grandeza, dejando en la ribera los sucios harapos, para que, desnudo el cuerpo y despojado de torcidas intenciones el espíritu, pueda el agua lustral cubrirnos con su prístina verdad.

Tan evidente es mi aserto de que la causa del rompimiento fue la incomprensión producida por el choque entre la limpia conciencia de Bolívar, afirmada en la certidumbre de que solamente él que los había hecho libres podía comandarlos para el bien común, y el anhelo de libertad que ardía en la mente de los granadinos, que en el golpe parricida del 25 de Stpbre. participaron hombres de todos los matices, enfebrecidos por la idea de libertad: así vemos marchar a Florentino González y a Vargas Tejada al lado de Mariano Ospina Rodríguez, cuya mentalidad específicamente derechista se afirma hoy más que nunca.

El Libertador, desilusionado, enfermo y amargado por la ingratitude humana, decidió convocar un congreso que llamó el Congreso Admirable y que fue el último de la Gran Colombia, que eligió como Presidente a don Joaquín Mosquera y como Vicepresidente al General Domingo Caicedo.

La Constitución expedida por este Congreso no fue suficiente para mantener la cohesión, a pesar de haber adoptado un sistema federalista que permitía a los tres Estados (Colombia, Venezuela y Ecuador) plena autonomía para el desarrollo de su soberanía interior, presentando un frente unido en cuanto a la soberanía exterior, o sea, a las relaciones entre la Gran Colombia con las demás naciones independientes.

El 6 de mayo de 1830, los constituyentes venezolanos reunidos en la ciudad de Valencia, expidieron la Constitución Federal que organizó a Venezuela en Estado independiente de la Gran Colombia, y eligieron como Presiden-

te al General José Antonio Páez. Igual cosa hicieron los constituyentes del Ecuador, reunidos en Riobamba el 14 de agosto de 1830, quienes eligieron al General Juan José Flórez como Presidente de la República del Ecuador, independiente de la Gran Colombia.

En estas condiciones el Vicepresidente Caicedo, encargado de la Presidencia, tomó las medidas del caso para el licenciamiento de los ejércitos venezolanos que aún quedaban en nuestro territorio; pero el 2 de septiembre de 1830 una Junta Popular, reunida en Bogotá y presidida por el Coronel de Húsares Pedro Alcántara Herrán, dio por disuelto el Gobierno constituido por el Congreso Admirable, llamó a Su Excelencia el Libertador para que se encargara de los destinos de Colombia y dispuso que, entre tanto, asumiera el mando el General venezolano Rafael Urdaneta, quien tomó posesión del Gobierno de facto ante el Concejo Municipal y los jefes de las milicias venezolanas que se habían adueñado de la capital.

El espíritu libertario profundamente arraigado en la mentalidad de los granadinos, que los había llevado a los monstruosos extremos de rebelarse contra Bolívar, brotó de nuevo con arrolladora potencia. Todos los hombres de la Nueva Granada, vigorosamente unidos, se lanzaron a la guerra para aplastar la dictadura de Urdaneta quien, tras una lucha de un año, fue depuesto del mando. Este hecho refuerza mi tesis en contra de la paternidad de Bolívar y Santander para los dos partidos políticos, porque viene a comprobar que el aglutinante de los hombres no era el partido, sino el profundo y arraigado sentido de su li-

bertad. De tal evidencia es esta afirmación, que de otra manera no podría explicarse una guerra en la cual participaron estrechamente unidos los granadinos para derrocar al íntimo amigo de Bolívar, que era Urdaneta.

La incomprensión humana, fuente del crimen contra el Libertador, se ensañó también contra Santander, tejiendo una red de maldades para complicarlo en el atentado septembrino. Lo sometieron a juzgamiento conforme a las leyes del país y, a pesar de haber sido declarado inocente por la justicia ordinaria, fue condenado a destierro a los Estados Unidos por la justicia castrense. Así, cuando el genio libertador moría entristecido por la incomprensión humana y solitario en San Pedro Alejandrino, el genio de las leyes vagaba en tierra extraña, cosechando también el fruto de la incomprensión.

Atribuir el nacimiento de los partidos políticos colombianos al rompimiento entre Bolívar y Santander ha sido tesis oportunista de algunos varones que cegados por la pasión sectaria, emulan en la agresión contra el adversario y se pierden en un laberinto de contradicciones encaminadas a colocarle vestidos prestados a su propio partido.

A tales extremos ha llegado la pasión sectaria en su fobia tergiversadora de la verdad, que no han faltado quienes atribuyan a Santander la paternidad de una lucha religiosa por el hecho de haber implantado, durante su mandato como Vicepresidente encargado del Gobierno de la Gran Colombia, la filosofía de Tracy y las doctrinas de Bentham en el Plan de Estudios. Otros hay, del lado opuesto, que replican afirmando que Bolívar fue consa-

grado masón de las Logias de Cádiz, Madrid y Londres, en donde recibió del Precursor Francisco Miranda en persona el "supremo grado de iniciación de la Gran Logia Americana". Es que en su ciego afán de capitalizar fuerzas para su propio partido, aparentan ignorar que ambos genios vivieron y murieron en la fe católica y que algunas momentáneas posiciones o actitudes de ambos obedecían a modalidades de la época, a circunstancias políticas determinadas, o a la necesidad de dar amplitud a la exteriorización de criterios divergentes dentro de la convulsa situación de un pueblo que empezaba a surgir, y pugnaba por organizarse dando forma y estabilidad a las nacientes inquietudes mentales en choque.

Durante el gobierno de Santander adquirieron perfiles más definidos las tendencias de derecha e izquierda, básicas de los partidos tradicionales, que empezaban a insinuarse en la mentalidad de los granadinos. Cobijados todos por la bandera libertaria que los había emancipado del yugo español, todos eran liberales pero dentro de dos matices que los agrupaban y diferenciaban: liberales moderados, ministeriales o de *levita negra*, eran llamados aquellos que se inclinaban hacia la derecha, y liberales progresistas los de la izquierda. Estas dos agrupaciones, ya claramente alinderadas, se lanzaron al debate electoral con sus respectivos candidatos: el doctor José Ignacio de Márquez por los moderados, ministeriales o de *levita negra*, y Vicente Azuero por los progresistas. Santander propuso como candidato de transacción al General José María Obando, pero las elecciones dieron la victoria a Márquez,

que había sido Presidente del Congreso Constituyente de Cúcuta y quien realizó un gobierno moderado y ecuánime.

Lo sucedió el General Pedro Alcántara Herrán, quien dirigió el gobierno ya en forma más marcada y visible por el sendero de las convicciones, ideas y principios que orientaban la mentalidad de los hombres de su grupo, que eran partidarios de acentuar la centralización y de la pena de muerte. El principal mentor de este régimen fue Mariano Ospina Rodríguez, quien modificó sustancialmente el Plan de Estudios vigente, sustituyéndolo por orientaciones contrarias. Como se ve, empiezan a cobrar fuerza los principios básicos que encarnaron más tarde la esencia doctrinaria y filosófica del partido conservador.

En las elecciones para la sucesión de Herrán, nuevamente triunfaron los moderados o de levita negra, con el General Tomás Cipriano de Mosquera. Este hombre de rancias tradiciones aristocráticas, militares y culturales, empuñó el timón del Estado granadino con arrollador impetu reformista: el sistema de libre cambio, la unidad de pesas y medidas, el sistema métrico decimal y la reforma monetaria fueron implantados, al propio tiempo que iniciaba la navegación a vapor por el río Magdalena y daba un gran impulso a la construcción de vías de comunicación. En lo cultural, dedicó atención preferente a las ciencias exactas y experimentales, con la introducción de gabinetes completos de física y de química, que intensificaron los estudios de ingeniería y de medicina. Estableció también la libre importación de libros y revistas, propi-

ciendo así el florecimiento de la prensa granadina, aún la opositorista, que toleraba y acataba.

El impulso dado por Mosquera en su administración a estos dos grandes factores del desarrollo histórico de los pueblos, el económico y el cultural, produjo, como consecuencia inmediata, el despertar de una conciencia política en el pueblo.

Fue así como en el tercer año de la administración Mosquera se marcaron cuatro clases sociales, perfectamente diferenciadas :

1ª. La alta clase dirigente, plutocrática, oligárquica y militarista, de grandes abolengos, a la cual daba brillo la personalidad del mandatario, General Tomás Cipriano de Mosquera.

2ª. Las juventudes intelectuales de avanzada de la nueva generación, capitaneadas por el doctor Manuel Murillo Toro, que gracias a la libre introducción de las más modernas obras y revistas políticas francesas comprendieron que era preciso poner fin a las irritantes desigualdades sociales y lograr la elevación del nivel de vida de las masas obreras y campesinas en todas sus manifestaciones.

3ª. Los artesanos y los obreros de los pueblos y ciudades, que empezaban a ser una fuerza política expansiva con mayor conciencia de su personalidad y de la necesidad de intervenir activamente en la vida política del país.

4ª. Los campesinos, que seguían viviendo la vida colonial, como siervos de la gleba y vasallos de los grandes terratenientes.

Estamos en la época de 1848, cuando triunfó en Francia la revolución socialista de Luis Blanc, bajo la inspiración del célebre manifiesto de Carlos Marx recientemente publicado en París. Estas tesis sociales que por primera vez aparecieron, fueron la fuente en donde abrevaron todas las doctrinas socializantes que bajo diferentes nombres, agrupaciones o ideales, insurgieron después. Naturalmente ejercieron una influencia directa sobre la mentalidad revolucionaria de los liberales granadinos de avanzada, que se denominaban "Liberales Progresistas". Fue entonces cuando se aglutinaron en torno a estos principios socializantes; enarbolaron la bandera roja y se llamaron liberales radicales, bajo la dirección intelectual de Murillo Toro.

Como reacción a esta tesis de extrema izquierda, que consideraban peligrosa para la estabilidad de la nación granadina, los liberales moderados, ministeriales o de levita negra, encabezados por don José Eusebio Caro y don Rufino José Cuervo, aglutinaron las huestes de derecha y se pronunciaron así: "Somos el partido conservador, el partido del orden y de la tradición", y enarbolaron la bandera azul.

Es éste el nacimiento de nuestros dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador, con sus doctrinas "puras", profundamente diferenciadas en sus orígenes, en sus principios y en sus desarrollos ulteriores como veremos más adelante. Se lanzaron a la lucha: los conservadores llamaron "rojos" a los liberales, y estos se defendieron co-

locándoles el apodo que se daba en Francia a los monarquistas: "godos".

Las fuerzas vivas de los dos partidos procedieron a organizarse y a adquirir la preparación y el adiestramiento necesarios para actuar en el escenario de la vida nacional.

Las juventudes radicales, universitarias y post-graduadas, se constituyeron en Sociedad Política en Bogotá y fundaron "La Escuela Republicana", centro cultural de estudios, de práctica política y adiestramiento en oratoria y dialéctica.

De otro lado la juventud conservadora intelectual fundó "La Sociedad Filotémica", para robustecer los principios tradicionalistas inspirados en el clasicismo francés.

Las juventudes liberales socializantes fundaron las "Sociedades Democráticas", compuestas de artesanos y obreros de las ciudades, como centros docentes de adoctrinamiento y de fervor partidista, para constituir vigorosos grupos electorales.

A la vez los conservadores formaron "Las Sociedades Populares", con similares propósitos.

También las mujeres formaron centros de agitación política: las conservadoras de la capital se aglutinaron en "La Sociedad de Damas del Niño Dios", y las liberales formaron: "La Sociedad de Señoras" para contribuir al triunfo de la teoría radical y republicana.

Uno y otro partido, el liberal y el conservador, se dieron a la tarea de fundar periódicos para proporcionar información y contribuir al adoctrinamiento de la conciencia ciudadana, mediante la discusión y la polémica. Nadie se veía privado entonces de los medios de expresión de sus ideas y así jugaba limpiamente el proceso democrático.

Los dos partidos se lanzaron a la lucha de la sucesión presidencial, sin que ninguno de ellos lograra, en las Asambleas Electorales, la mayoría de votos requerida por la ley, razón por la cual hubo de decidir el Congreso en la sesión del 7 de marzo de 1849, cuál de los contendores debía asumir el cargo de Presidente de la República el 10 de abril.

“Los candidatos que obtuvieron mayor número de votos en las Asambleas Electorales fueron: el General José Hilario López, 735; el Dr. José Joaquín Gory, 384, y el doctor Rufino José Cuervo, 304”. El Congreso decidió la elección a favor del General José Hilario López.

Me parece importante transcribir el programa liberal radical de la época, tomándolo de la obra “Asuntos Económicos y Sociales” del doctor J. M. Rivas Groot:

*“El programa de los reformistas avanzados, verdaderos radicales, abrazaba estos puntos:*

*“Reforma de la Constitución de 1843;*

*“Abolición del Ejército permanente;*

*“Abolición de la pena de muerte;*

*“Libertad absoluta de imprenta y de palabra;*

*“Separación de la Iglesia y del Estado;*

*“Impuesto directo y progresivo, en reemplazo de todas las contribuciones”.*

En cuanto al programa conservador, en ninguno de los libros de historia revisados para este estudio pude hallar, volcado en un articulado, el programa que don José Eusebio Caro y don Rufino José de Cuervo concretaron en la expresión: “SOMOS EL PARTIDO CONSERVADOR, EL PARTIDO DEL ORDEN Y DE LA TRADICION”. Pero bien es cierto que esta frase sintetiza todo su contenido así: *conservador*, es decir, perdurabilidad o conservación de las normas ya establecidas; del *orden*, es decir, del mantenimiento de la arquitectura social imperante para impedir los cambios o revoluciones que consideraban perjudiciales para la marcha organizada de las instituciones; y de la *tradición*, es decir, del legado recibido de los próceres y libertadores conforme ellos lo concibieron y lo pusieron en ejecución.

El General José Hilario López tomó posesión de la Presidencia de la República el 10. de abril de 1849 y nombró para Secretarios de Gobierno (Ministerio) a liberales y conservadores; pero estos no aceptaron y entonces el Presidente reunió en su casa a las mayorías liberales del Congreso para conocer los candidatos que éstas le indicaran para las Secretarías del Despacho. En esta forma entró el Presidente a poner en ejecución el programa de avanzada del partido liberal radical, ya transcrito, en todos sus postulados hasta la liberación de los esclavos en el último año

de su gobierno. Dice don José María Samper en sus "Apun-  
tamientos para la Historia" que "durante el período pre-  
sidencial de José Hilario López, a la dominación de las tres  
oligarquías: el clero, la milicia y el monopolio, se susti-  
tuyó la noble dominación del pueblo".

Con José María Obando, sucesor de López, continuó  
la vigencia de los programas liberales; su régimen fue ne-  
tamente federalista. El país se dividió en cuarenta y cua-  
tro Provincias, una de las cuales, la de Vélez, dio el voto  
a la mujer, cuando en ninguna parte del mundo existía  
este derecho para ella. Ni siquiera se dieron cuenta las  
mujeres de tan importante reforma, porque es obvio que  
sumidas en una época de esclavitud, cuando apenas los  
hombres empezaban a despertar, no entendieron ellas el  
alcance de tales derechos. Durante este Gobierno se estable-  
ció también el matrimonio civil y el divorcio. Pero se pro-  
dujo una profunda división entre los liberales, que favo-  
reció el golpe militar de Melo, quien se erigió en dictador.

De nuevo la rebeldía insurgió en el libre pueblo gra-  
nadino, que jamás ha tolerado la dictadura: liberales y  
conservadores, estrechamente ligados en un frente nacional,  
derrocaron al dictador y eligieron Presidente a Manuel Ma-  
ría Mallarino, conservador, hombre recto y ecuaníme, que  
estableció un gobierno modelo de garantía para todos los  
ciudadanos.

Sucedió a Mallarino Mariano Ospina Rodríguez,  
quien por medio de leyes expedidas por el Congreso de ma-  
yoría conservadora, empezó a poner en vigencia programas  
de su partido. Pero los ciudadanos de Popayán pidieron

a Mosquera, Presidente entonces del Estado del Cauca, que desconociera esas leyes. Mosquera insistió ante el Congreso para su derogatoria y como no fue atendido, proclamó la revolución en asocio de Obando.

Triunfante Mosquera, reunió la Convención de Rio-negro, que expidió la Constitución de 1863, de principios radicales de tan amplia extensión, que se llamó "Constitución de Angeles". Esta Constitución estableció el período presidencial de dos años. Con ella gobernaron sucesivamente: Mosquera, Manuel Murillo Toro, otra vez Mosquera, Santos Acosta, Santos Gutiérrez, Eustorgio Salgar, otra vez Manuel Murillo Toro, Santiago Pérez, Aquileo Parra, Sergio Camargo, Julián Trujillo, Rafael Núñez, José Eusebio Otálora, Francisco Javier Zaldúa, y de nuevo Núñez.

Durante los últimos gobiernos radicales se suscitó una controversia política entre sus hombres que llegó hasta determinar, en el último gobierno de Núñez, una violenta división en radicales e independientes; división que abrió las válvulas de la guerra civil, cuyo estallido fue producido por la elección del radical General Sergio Camargo como Presidente del Estado soberano de Santander. Núñez declaró la guerra y llamó a los conservadores y a los liberales independientes a empuñar las armas para respaldar su gobierno.

Los radicales se empeñaron en sangrienta lucha y fueron vencidos en la batalla de "La Humareda". Núñez, desde los balcones del Palacio de San Carlos, dijo: "La

Constitución de Rionegro ha dejado de existir. Sus páginas manchadas han sido quemadas entre las llamas de La Humareda". Seguidamente formó un frente nacional entre liberales independientes y conservadores, que expidió la Constitución de 1886, donde primó el talento y la voluntad poderosa de don Miguel Antonio Caro quien impuso en toda su extensión el programa conservador.

De este frente nacional surgió "El Nacionalismo", que borraró de la faz del país al partido liberal radical. Del "Nacionalismo" dijo don Miguel Antonio Caro: "El Nacionalismo no es liberal ni conservador; pertenecen a éste todos los hombres que lo apoyen y comulguen en estas doctrinas y sistemas. Sólo tiene de conservador el significado adjetivo de un partido que se conserva en el poder".

Cuarenta y cinco años duró la dominación conservadora, presidida por gobernantes de diversas tendencias, más o menos moderadas, más o menos extremistas; pero — justo es reconocerlo — ninguno de los presidentes desató o proclamó la violencia desde el poder. Los liberales estaban proscritos de la administración pública, pero podían trabajar y vivir en paz. Esta dominación duró hasta 1930 cuando, debido a la profunda división conservadora, llegó al poder Enrique Olaya Herrera.

Con Olaya Herrera volvió el partido liberal al poder; pero no el liberalismo radical, que de éste ya no quedaban trazos en el territorio nacional. Los cuarenta y cinco años de ostracismo dedicados a los negocios, la agricultura, la ganadería, etc., habían hecho de los liberales una cla-

se de burgueses adinerados, viajados por Europa y Norte América, perfilados, cuidados, ostentosos de sus abalengos y muy preocupados por el lucro y ensanche de sus propiedades, en síntesis, de mentalidad capitalista.

Por otra parte, y como consecuencia del proceso de democratización del país mediante las luchas continuas de los civilistas liberales, se habían logrado muy importantes reformas en la Constitución del 86, como la supresión de la pena de muerte, la libertad de imprenta, etc. Ya estaban, pues, prácticamente en vigencia los principios generales que informan la filosofía liberal de todos los pueblos, y que Jorge Xifra Heras define así:

- “a)—Individualismo;
- “b)—Derechos del Hombre;
- “c)—División y equilibrio de poderes;
- “d)—Supremacía de la ley;
- “e)—Principio de neutralidad; y
- “f)—Principio capitalista”.

La cuestión social, que fuera base y esencia virtual del liberalismo radical, quedaba relegada al olvido. Ya nadie pensaba en las palabras del doctor Manuel Murillo Toro pronunciadas en el recinto de la Cámara de Representantes, cuando se daba la segunda vuelta al proyecto de reforma constitucional que consagró la libertad de los esclavos: “que con el triunfo del 7 de marzo de 1849, que llevó al poder al General José Hilario López, se había inaugurado una gran revolución *política y social* en la Re-

pública de la Nueva Granada (hoy Colombia), que el partido liberal debía llevar a cabo desarrollándola completamente y que la abolición de la esclavitud era uno de los objetivos cardinales de esa revolución". (Historia Contemporánea de Colombia. Tomo III por Gustavo Arboleda).

Este fue el panorama que encontró Olaya Herrera al asumir el mando. Con todo, este repúblico de extraordinario talento y arrolladora capacidad de acción, empuñó con firmeza las riendas del gobierno y procedió de inmediato a la manumisión de los esclavos que todavía quedaban en Colombia: las mujeres. Con la Ley 28 de 1932, libertó a estas siervas de la coyunda económica que las despojaba de sus bienes por efecto del contrato matrimonial. Con un Congreso Agrícola y una Exposición Industrial, colocó las primeras piedras para la industrialización del país; con la ley sobre libre asociación y formación de sindicatos, abrió espacio vital a los obreros para su defensa, y con el Decreto sobre Vigilancia Judicial dejó al país encauzado por los senderos de una limpia administración de justicia.

Un hombre de profunda sensibilidad social y de castellano desdén por el dinero, Alfonso López Pumarejo, arrancó en vuelo directo hacia la anhelada reforma social al encargarse del mando. Proclamó "La Revolución en marcha", estableció "el diálogo con el pueblo" y alcanzó a expedir normas sustanciales como la Ley de Tierras, la Reforma Tributaria, la ley de hijos naturales, y a dar a la mujer la categoría para desempeñar empleos que impliquen mando o jurisdicción en igualdad de condiciones

con el hombre, en su reforma constitucional de 1936. Pero el embate opositorista de su propio partido y del contrario adquirió tales proporciones, que hubo de ceder ante la potencia de la ola capitalista que amenazaba hundirlo destrozando el barco. Decretó entonces "la pausa", y con ella vino la extinción del partido liberal, que se sepultó en el estatismo. Perdió definitivamente los perfiles socializantes que fueran origen de su doctrina, fuerza motriz de sus grandes masas obreras y campesinas y derrotero positivo para la anhelada revolución o transformación de nuestras arcaicas normas, que hubiera podido realizarse desde entonces pacíficamente con hombres colombianos y con métodos y sistemas colombianos.

Esta es la verdad que emerge del análisis de los programas y preceptos que dieron origen al nacimiento de los dos partidos, y hay que tener el valor de decirlo para que se vea claro cómo el partido liberal dejó escapar esta última oportunidad de aglutinarse y vigorizarse como partido socializante capaz de ponerse a tono con la realidad presente. Fue así como no solamente perdió terreno propio al abandonar su posición de partido de avanzada, sino que también colaboró inconscientemente a la creación del caos que amenaza en el momento actual, y que se manifiesta por la angustia popular exteriorizada en diversas formas. Frente a esta situación, los dos partidos identificados comprenden hoy que la única solución positiva para salvar al país de la catástrofe es la reforma social inmediata y fundamental. Por eso comprobamos ahora el hecho curioso de verlos disputándose la posición socializante y

emulando en exponerla y propagarla cada uno desde su propio punto de vista. Los liberales dicen: "Precisa hoy beber en las canteras del socialismo, conforme al pensamiento de Rafael Uribe Uribe". Y los conservadores: "Vamos a poner en práctica la encíclica de León XIII y las normas fundamentales del socialismo cristiano". Pero ninguno hace nada positivo; son palabras y más palabras.

Sucedió a López en el mando el doctor Eduardo Santos, mandatario de elevada cultura humanística de corte helénico, sagaz y prudente, quien alcanzó a expedir la ley sobre protección a la maternidad.

El segundo gobierno de Alfonso López Pumarejo fue sacudido por una oposición que adquirió caracteres de insania devoradora; todo lo que el Presidente proponía era ferozmente combatido; hasta la Ciudad Universitaria tuvo violentos opositores. López no pudo terminar su período presidencial y tuvo que retirarse entregando el gobierno al Primer Designado, Alberto Lleras Camargo, no sin antes haber lanzado su célebre frase: "Se han borrado las fronteras de los partidos políticos". Sentencia genial que sintetizó en breves palabras toda una época. Ciertamente, los partidos se habían puesto entonces de acuerdo en todo, hasta en oponerse a la reforma social. No pudo el mandatario liberal romper la poderosa muralla de intereses capitalistas coaligados.

Surgió entonces la figura desmelenada y turbulenta de Jorge Eliécer Gaitán, recorriendo ciudades, aldeas y veredas, para despertar en los humildes el sentido de su dig-

nidad ultrajada por la prepotencia de un capitalismo adueñado del poder, harto de bienes materiales, profundamente egoísta y desdenoso del dolor de los humildes. El pueblo lo rodeó delirante y ardido por la esperanza de redención que veía materializada en los recios perfiles del caudillo cuando, en los viernes culturales, encendía hogueras y derruía murallas con su verbo infatigable y poderoso. El partido liberal se dividió en pueblo y oligarquías y fue derrotado en las elecciones presidenciales con Mariano Ospina Pérez, quien asumió el mando el 7 de agosto de 1946.

No quiero referirme a los gobiernos conservadores de esta época, porque me vería en la necesidad de consignar verdades que hoy nadie acepta, so pretexto de considerarlas como un desafío. Por otra parte, ¿para qué escarbar las cenizas de una hoguera en cuyo fondo aún perduran carbones encendidos de odio, rescoldos de amargura y tizones que los chorros de sangre y de lágrimas no lograron apagar del todo, y aún elevan al viento su columna de humo como pálido estandarte de un espantable pasado?

Los gobiernos conservadores terminaron en la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, a quien una poderosa conflagración de fuerzas capitalistas y oligárquicas, de ambos partidos, respaldadas por el pueblo, derrocó del poder como efecto de este cuarto frente nacional colombiano. Digo cuarto, porque he recordado el primero, contra Melo; el segundo, con Núñez; el tercero, de la Unión Republicana contra Reyes, que omití; y este cuarto, contra Rojas Pinilla.

Como ya he dicho, los partidos políticos tradicionales estaban identificados ideológicamente y sólo los separaba el apetito desordenado del poder para distribuirse hegemónicamente sus gajes y prebendas entre los aristócratas y adinerados señoritos que comandaban cada una de las dos comunidades. Por eso, cuando se trató de una reforma social valerosa y en grande, como la impulsada por la Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo, se cerraron en un bloque impenetrable que forzó “la pausa”. Convencidos de que podían continuar anestesiando al pueblo con mentidas promesas, se dedicaron por igual a producir engañosos espejismos: eran simulacros de reforma, múltiples disposiciones, decretos y leyes sobre pequeñas cosas aparentemente muy importantes pero desvertebradas, y que se quedaron escritas o flotando en la profusa fraseología que les había dado origen. Basta dar una mirada a nuestros códigos para advertir el retacerío legislador de los últimos tiempos en materia social. Pero en ninguna parte encuentro un recio perfil de doctrina que exteriorice la intención seria de realizar algo fundamental; son minucias del estilo de la “huerta casera”, lanzadas al acaso, unas veces por un partido y otras veces por el contrario, curiosas por su similitud en la pequeñez, e idénticas en su objetivo de engañar a las masas. Estas observaciones me han llevado a la certidumbre de que en Colombia, hoy por hoy, las dos colectividades históricas confluyen para formar *un solo y gran partido conservador*. Son, prácticamente, dos agencias distribuidoras de empleos, y la feroz contienda no lleva más objetivo que adueñarse de la distribu-

ción. Por eso, la solución del plebiscito para establecer la armonía fue tan expedita como fácil: olvidar la mala vida pasada y partir por mitad todos los empleos, es decir, la paridad.

Creo que ningún ser honesto podrá tachar de falsas mis afirmaciones, pero si hubiere alguien molesto por ellas, que presente el programa que fuera contenido o respaldo del plebiscito. Después de aprobado, y cuando ya estaban gozando de sus beneficios, resolvieron adornarlo con un programa llamado "Plataforma de los cuarenta", que no ha tenido vigencia porque nadie se ha preocupado de esos abalorios, y gentes cultas conozco yo que ni siquiera lo leyeron.